

mantenido aprovechando la fuerza de éste, pero sin reconocerlo, es el piso del país no profundo, sino superficial, imaginario.

La historia oficial, la del México imaginario, donde se han sucedido proyectos de la nación impuestos a la realidad de abajo, pero sin un vínculo verdadero con ella, es simplemente el registro de una sucesión de regímenes espurios: el virreinato, los gobiernos abocetados a lo largo del primer medio siglo de vida independiente, la república liberal, el porfiriato, los caudillos de la Revolución, los gobiernos postrevolucionarios, el mal gobierno de nuestros días. Esos regímenes han tenido una «realidad» deleznable, inclusive contingente, que ha dependido de su capacidad de oprimir a los indígenas.

La otra historia, la de abajo, la profunda, la real, consta de sólo un largo episodio: la opresión y los sufrimientos padecidos por los indígenas desde la conquista. Pero no obstante el aplastamiento de cinco siglos, la realidad profunda es tan poderosa que, por serlo, ha impedido la consolidación de los proyectos elaborados por el México superficial. Si el liberalismo metamorfoseado en gobiernos de la postrevolución ha fracasado y está fracasando en este momento, se debe a su «superficialidad», a su falta de vínculos verdaderos con el México verdadero. Pero esa situación está a punto de terminar. Cuando el fuego revolucionario encendido por las etnias de Chiapas termine de incinerar al armatoste neoliberal en que se ha convertido el aparato del poder, lo que era profundo brotará con fuerza de géiser en la superficie. Lo oculto saldrá al descubierto, lo subterráneo subirá a la superficie. Y empezará otra era. Todo eso está implícito en las reflexiones anteriores del filósofo Luis Villoro; por eso lo he citado. Pero está explícito en lo que se repite todos los días en el estado de Chiapas.

Villoro compara la democracia superior de los indígenas con la inferioridad de la democracia representativa, de partidos. Al expresarse así no sólo amplía, elabora y consolida el discurso del subcomandante Marcos —quien, dicho sea de paso, es un mestizo de clase media, con ribetes de criollo, nacido en el norte, hijo de un pequeño empresario, y con educación universitaria—, sino también la ideología de guerra del obispo Ruiz, con lo cual trata de elevar a la categoría de fenómeno de validez universal aquello de lo que se trata en el fondo, a saber, de decretar el ocaso del liberalismo. A la tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia y el triunfo de la democracia liberal, el *neozapatismo* mexicano, en simbiosis con la teología de la liberación, condicionados ambos por el hecho de haber fundado una praxis de base indígena, contestan diagnosticando el fin de la democracia por obra de la muerte y resurrección del Espíritu, encarnado esta vez en los desheredados de la tierra transformados en guerreros de una nueva-vieja estirpe. Todavía no sucede, pero ya se lo ve

venir: la izquierda mexicana, hecha vanguardia de la latinoamericana —y quizá también de una nueva izquierda europea, a juzgar por lo sucedido a lo largo de año y medio— pronto anunciará la palingenesia de Marx en Chiapas, en un medio que Marx no soñó ni remotamente y con unos «sujetos revolucionarios» (ya los llaman así en círculos académicos) que le hubieran parecido de otro planeta.

Pero esta embestida mestizo-indigenista contra el liberalismo (que es la verdad celada bajo las protestas actuales contra el «neoliberalismo») no sucede así como así. Por un lado, forma parte de eso que explicaría la multiplicación planetaria de los conflictos étnicos o el recrudecimiento de las tendencias separatistas, a saber, es ese fenómeno que Norberto Bobbio y Federico Coen han definido como el prevalecer de una *cultura del pertenecer*, que privilegia las diversidades entre los seres humanos, por encima de la igualdad y solidaridad propias de las culturas universalistas. Más concretamente, se hablaría de una obsesión por la *identidad* que vuelve del revés el planteamiento igualitario propio de la tradición liberal.

Hay más. El surgimiento de la *cultura de la pertenencia* está en vías de acontecer frente a un horizonte donde asoman los nubarrones del retorno de un universalismo religioso adverso a los universalismos liberal y marxista. O sea, lo que estamos presenciando es una embestida contra la cultura cuya matriz fueron, primero, la Ilustración y su culto de la razón, y después, la Revolución Francesa, de donde posteriormente se desprendió el Estado-nación que llenó de sí los ámbitos universales en los siglos XIX y XX.

Puesta en este marco la crisis provocada por la aparición del EZLN en Chiapas significa, en términos de la realidad mexicana, la declaración de una guerra emprendida no contra el gobierno priísta para sustituirlo por otro, sino contra la república misma, contra el ideario universal de libertad que le dio el ser, contra el anhelo de fundar el ser nacional en la razón, dejando atrás la hierocracia del antiguo régimen novohispano. Porque al pensar en México, como en cualquiera de los países de América, se debe tener en cuenta lo siguiente: nuestra historia empezó en 1521, año de la caída de Tecnochtitlan en manos de Hernán Cortés, pero nuestra construcción efectiva como nación, en un proceso consciente, pensado hasta los límites del pensar, empezó en 1808-1810-1812, fechas de tres revoluciones importantes para nosotros en cuanto partícipes del orbe iberoamericano, o sea, la revolución española, la revolución de independencia del padre Hidalgo, y la Constitución de Cádiz. Y de ahí, para nosotros, como para los países de Sudamérica, la cuesta arriba en cuya mitad estamos. Dicho sea en otras palabras, y retornando a México, en cuanto nación, *work in progress*, tenemos un comienzo muy preciso, somos un fruto, un fruto aún acerbo, del Siglo de las Luces. Atacar los ideales de la

Ilustración, intentar la destrucción del liberalismo, derruir como se intenta nuestra historia, significaría para México, volver al punto cero. Como si no hubiera sucedido nada, ni en el siglo XX, ni en el siglo XIX, ni en los trescientos años del virreinato.

Ese súbito cuanto hipotético vacío, ¿qué lo llenará? Hasta este momento no se ve ni se sabe nada. Los nuevos revolucionarios parecen esperar que la nación se entregue temblorosa en sus manos sin ningún compromiso preciso por parte de ellos, salvo el de que, si llegan al Palacio Nacional, se lanzarán a experimentar sin límites. Sin embargo, sucede que los creyentes fervorosos en la palingenesia de un Marx indigenizado, se engañan solos. Se niegan a ver que la cultura identitaria de la pertenencia, planteada por el racismo-etnicismo de cuño indigenista, entraña la cancelación definitiva del marxismo, cuando menos el marxismo según el Marx canónico. Porque en última cuenta el marxismo es un universalismo, tan fruto de la Ilustración como el liberalismo.

Por eso, si en un porvenir cercano México debe bajar a los infiernos de una nueva utopía convertida en Estado quizá la descubra con los rasgos vaporosos de un Edén regido por el autoritarismo paternal de una Iglesia que sumará, por fin, el poder temporal al espiritual. En los términos de México, sería una Arcadia indígena como la que podría haber surgido si la Nueva España hubiera caído en manos de un «príncipe» ungido por el Señor de los ejércitos, un compuesto de fray Bartolomé de las Casas, fray Bernardino de Sahagún, fray Toribio de Paredes, llamado Motolinía, el obispo Vasco de Quiroga, quien en el XVI trató de que los indígenas pusieran en práctica en Michoacán la utopía de Tomás Moro, y en fin el obispo Ruiz, prelado poseído por una acentuada concupiscencia por la política. En pocas palabras, si nos atenemos a lo que fatalmente resultaría de un tal gobierno, se trataría de un monstruo que se acercaría a los altares flanqueado por dos indígenas con rifles AK-47 en las manos.

XII.

Creo que ahora está claro qué debe entenderse por «crisis de la cultura mexicana». Es una crisis virulenta, seria. Las ideas en contraste implican el riesgo de un conflicto de perspectivas inciertas. Tanto la *intelligentsia* como la sociedad urbana *in extenso*, a partir de las clases medias, se han dividido en bandos trabajosos de conciliar.

Pasa algo curioso por demás. Quienes están envueltos en la pelea (todo el estamento dirigente), quienes se hallan colocados en las primeras filas —y en más de un caso, cambian de partido y hueste sin que por eso se

borren los confines entre los partidos y las huestes—, en buena parte no reconocen el conflicto, ni tanto menos osan abordar la cuestión abiertamente y de frente, llamando a las cosas por su nombre. Hay al respecto una extraña reticencia, casi un pudor difícil de interpretar. Es una batalla de combatientes con los labios apretados. No existe ni siquiera un reconocimiento preliminar generalizado de la situación como es. Inclusive una conciencia tan alerta como la de Octavio Paz hasta ahora no se ha pronunciado en propósito.

Es difícil calcular qué sucederá a la producción cultural, cuáles serán los efectos del conflicto. Lo primero que se le ocurriría a uno es que la ambivalencia fundamental del EZLN, o sea, el que la dirigencia no indígena se defina esencialmente como un grupo político-militar que pelea para derrocar a la burguesía e instaurar en México un régimen de tipo socialista, mientras utiliza un discurso inspirado en la teología de la liberación para mantener movilizado a un ejército indígena convencido de estar luchando por causas de interés para las etnias, esa ambivalencia, repito, está preñada de una contradicción que tarde o temprano tendrá consecuencias. Los mismos simpatizantes del movimiento entre los intelectuales de las ciudades, quienes hasta ahora han abrazado con irreflexiva pasión los temas de la causa indígena, en los términos en que ésta está siendo planteada por el EZLN, y apoyada, comprensiblemente, por el obispo Ruiz y una parte conspicua del clero mexicano, quizá no advierten o reprimen con un acto de autocensura la realidad real, esto es, que los indígenas están siendo explotados por los representantes de un marxismo-leninismo residual. O sea, se hayan sumergidos en las turbiedades de una operación de mala conciencia íntima no disímil de tantas otras que presenciamos a lo largo del siglo XX. Es una situación tóxica que complica espantosamente la recuperación de ese republicanismo liberal que algunos ven como una antigualla, o una abstracción sin sentido, pero que ha sido la vocación nacional desde 1810. Y que es hoy, con sus frenos y balances, la independencia recíproca de sus poderes y los mecanismos de su democracia representativa, el único medio para mantener un equilibrio mínimo propicio a algo esencial para el México del momento: una amplia restitución del poder a los sectores de la población a quienes les fue enajenado por un *sistema* que tuvo razón de ser, pero que la ha perdido. En último término, la cuestión de los indígenas y sus reclamos de justicia no es algo que vaya a resolverse en la selva, con una guerra que, de estallar, la pagarían con un alto precio de sangre, sino una cuestión de una ciudadanía menoscabada, a la que se debe restituir su plenitud. El problema de Chiapas y sus etnias, como de todos los grupos indígenas de México, consiste en impulsarlos a que reclamen la restitución del poder que les hace falta

para ser plenamente ciudadanos y construirse la capacidad política necesaria para decidir por sí mismos, ante la nación, cómo quieren ser indígenas y mexicanos.

Jorge Hernández Campos



*Procesión, de
Graciela Iturbide*